

EN el largo período de barbarie que tuvo que recorrer la humanidad, la mujer fué destinada al pastoreo del ganado y al cultivo de los campos, mientras el hombre dedicábase a la caza y a la guerra. Más tarde, las labores femeninas se ampliaron y la mujer empezó a dedicarse también al hilado, tejido y fabricación de útiles de arcilla, lo que, naturalmente, recargó de trabajo, y, unido a los cuidados del hogar, la retuvo completamente en la casa e hizo de ella una verdadera "bestia de carga." (1).

Poco a poco fué restringiéndose más y más su radio de acción hasta llegar a recluirla por completo en el serrallo y el gineceo, pues en ese momento de su vida se la llegó a considerar con el criterio estrecho con que los asiáticos piden a las *otochintianas* "placeres o hijos que perpetúen la raza". Por esto la mujer asiática no pudo dejar su estigio en ningún bajo-relieve, pues estaba aherrojada en el harem y nunca se le permitía presentarse en público, según dijera Seignobos.

La mujer fue por esto antiguamente considerada como un objeto de lujo o como una cosa indispensable entre los muebles del hogar. Para los griegos la mujer es nada, no se toma en cuenta su manera de sentir, no tiene el derecho de elegir al preferido de su corazón y es aceptada únicamente como máquina indispensable para la procreación de la especie y la subsistencia de la Patria. Se la juzga inhábil para otro servicio e inepta para otra virtud, por lo que se cree que está cumplida la finalidad de su vida cuando ha dado hijos a luz (2). Era única y exclusivamente la ama de llaves de la casa; la incubadora de hijos, con la que el hombre se unía sólo por cumplir con un precepto religioso y acatar una costumbre que había hecho ley (3). Así en los matrimonios de los romanos, más que el afecto, que esa atracción hipnótica del Genio de la Especie que dijera Schopenhauer, influiría poderosamente la religión que ordenaba no dejar extinguir la familia, por lo cual solían decir los romanos al casarse: *tomo mujer para tener hijos* (4). No se le considera útil para nada más y de aquí arranca la oprobiosa esclavitud en que vegetaba. Siempre estuvo subordinada al padre, al esposo o a los hijos, siendo en Grecia considerada menor toda su vida (5). Si se encontraba soltera al fallecer su padre, éste le designaba testamentariamente el esposo (6), y si no lo hacía, tocaba entre los espartanos al rey y al arconte entre los atenienses elegirle marido (7); y el marido era tan absoluto, que podía darla como esposa a otro, por lo que Pericles, haciendo uso de este mismo privilegio, dió su mujer a otro hombre, y Estimodoro de Egina casó la suya con su esclavo Hemeo (8). Como en Roma también se gozaba de este derecho, comparable por lo infame sólo al derecho de piedad de la época medioeval, el austero Catón, el virtuoso Catón no tuvo en su clásica moral nada que le impidiese casar a su esposa Marcia con su amigo Hortensio, para, después de fallecido éste, volver a casarse con ella (9). Por esto resulta tan justificada la exclamación de Aristóteles, citada por Duruy: "Nuestros padres traficaban entre sí con sus mujeres" (10). Y, muerto el marido, la pobre e infeliz mujer pasaba a poder del

heredero, quedando por esto más de una vez sujeta a la tutela de su propio hijo (11), por lo que mientras vivía estaba encadenada a perpetuo tutelaje del que sólo se redimía por medio de la muerte.

Pero si a la esposa se la postergaba y esclavizaba, en cambio a la cortesana se la dejaba tan en completa libertad, que podía dedicarse a refinar sus costumbres y cultivar su intelecto, por lo que fué subiendo en la escala social mientras la esposa descendía como el Satanás de la leyenda huguesa, *más abajo, más abajo, siempre más abajo...*

Cuando Buda visitó la ciudad de Vesali, fué hospedado en un jardín perteneciente a la reina de las cortesanas, pronunció un discurso sobre *Dharma* y prefirió quedarse allí a ocupar el alojamiento que le habían preparado los gobernantes.

La Magdalena eclipsaba con su belleza, gracia e inteligencia a todas las mujeres que acompañaban a Jesús, y fue absuelta de sus pecados por la alta y santa virtud de *haber amado mucho*.

En Grecia, refiere Novicow, encerraban a la mujer en el gineceo haciendo de ella un ser ignorante y limitado, apenas superior al animal doméstico; y, en ese encierro y sumida en la más abyecta ignorancia, claro está que no podía ser de trato agradable, dice Seignobos. Es entonces, cuando de una manera franca hace su aparición la *hetaira*, que es la cortesana de maneras distinguidas introducida en la sociedad por Solón (12), de educación igual o superior a la del hombre, por lo que a su alrededor se precipitaban los espíritus más luminosos para discutir altas cuestiones de filosofía y estética. Sócrates y Pericles frecuentan la casa de Aspacia, donde adquirían delicadeza de gustos, a la vez que hacían de aquel antro del vicio una especie de ateneo. En 1717, como si se tratara de revivir estas reuniones, Claudina Alejandrina Guerin de Tencin, después de haber ahorcado los hábitos que vistiera en el monasterio de Mont Fleuri, cerca de Grenoble, abrió en París sus salones donde hicieron su talento Montesquieu y Marivaux, junto al cardenal Lambertini, que luego llegó a la silla pontificia bajo el nombre de Benedicto XIV y a bendecir a su grey con la misma diestra que repetidas veces había estrechado la mano perfumada de la libidinosa Mme. de Tencin, tinta también con la sangre de un miembro del gran Consejo (13).

Mas, a pesar de todo esto la mujer no se decidía a conquistar el puesto que le corresponde en la naturaleza, ni el hombre se preocupaba por dárselo. Las insinuaciones del divino Platón en su "República," en que apunta la necesidad de considerar a la mujer igual al hombre e instruírla de la misma manera, pasó inadvertida para los atenienses, lo mismo que el esfuerzo hecho por Jenofonte en su "Económica". Igual suerte corre en Roma el pedimento de Plutarco en sus "Preceptos del matrimonio", para que se eduque e instruya a la mujer suficientemente, a fin de que esta pueda educar a sus hijos y disfrutar los mismos goces que el hombre. Platón y Jenofonte, que escribieron tres siglos antes que Jesús apareciese en el escenario del mundo, y Plutarco que escribió también unos treinta años antes que él actuase en la trágico-comedia de la vida, son los verdaderos precursores del feminismo: los primeros feministas en la Historia de la Humanidad, y no Jesús, como equivocamen-

te afirma Carlos Octavio Bunge (14); y, cuyo equivoco comparte en reciente obra su apologista Andrés González Blanco (15).

El cristianismo, contra la errónea aseveración de Edmundo González Blanco (16), completó la obra de relajamiento y abyección de la mujer, pues como indica, rebatiéndose asimismo Bunge (17), no supo o no pudo sustraerse al principio judaico que proclama la inferioridad y perversidad femeninas, arrancando, es cierto, a la mujer del serrallo y del gineceo, pero para sepultarla dentro de las gélidas paredes de los conventos, vulnerando así las más fundamentales leyes de la naturaleza y, por un espíritu de sistemática oposición, declarándose en abierta pugna contra el humanitario precepto de las religiones griega y romana que ordenaban la perpetuación de la raza y el clásico *creced y multiplicaos* de los israelitas. Este judaísmo es el que inspira las razones expuestas en 1563 en el Concilio de Trento, que sostuvo ser mejor que la mujer permaneciera en la virginidad a contraer matrimonio. El cristianismo vió en la mujer—dice Bebel,—... "la impura, la corruptora que trajo el pecado a la tierra, perdiendo al hombre", por lo que Tertuliano la llamó despectivamente "la puerta del infierno"; San Antonio, (ese beatífico santo al que las mujeres han castigado duramente cogiéndolo para desempeñar *papelitos* que sus congéneres deben de considerar *poco airosos*), dijo de ella: "Cabeza del pecado, arma del diablo. Cuando veáis una mujer, creed que tenéis delante, no un ser humano, no tampoco una bestia feroz, pero sí el diablo en persona. Su voz es el silbido de la serpiente". Y Pablo, ese verdadero organizador del cristianismo, comprendiendo con su gran sentido práctico que no lograría encerrar a todas las mujeres en los conventos, escribió autoritariamente: "No debe permitirse que la mujer adquiera educación e instrucción; que obedezca, sirva y calle". Sentencia que hace surgir a la *bestia de carga* señalada por Kautsky y que seguramente sirve de inspiración en 581 al Concilio de Macon, que llega a hacerse esta pregunta: "si la mujer debe ser colocada entre los seres razonables o entre los brutos, si posee un alma, si forma realmente parte de la humanidad". Estos entes, cegados por el fanatismo, obcecados por la tendencia judaica de menospreciar al sexo femenino, se olvidaron de que ellos habíanse formado en vientre de mujer y de que el mismo Jesús, su dios, que en ocasión solemne pronunciase aquellas palabras rebosantes de inmoralidad e ingratitud dirigidas a su propia madre: "mujer, entre tú y yo nada hay de común", había tomado el néctar de la vida en los senos erectos y mórbidos de la sin par María.

San Jerónimo, que según Campayré, resume toda la tendencia pedagógica del cristianismo, pidió que la mujer fuese "educada en un claustro donde no conozca el siglo"; es decir, fuera del mundo y... para otro mundo...

En el Renacimiento, Vives, "sin dejar de circunscribir la especial misión de la mujer en el mundo al cuidado de las buenas costumbres e influencia directa en la educación de la prole:... halla en ella algunas disposiciones para las virtudes jurídicas y políticas, para el patriotismo y el civismo"; y, Erasmo hace extensiva la instrucción a la mujer para que "se asocie a la vida psicológica del marido y le permita educar por sí misma a sus hijos.

J. D. RAMIREZ GARRIDO.

(1) Parlamentarismo y Socialismo. Kautsky. Pág. 22 a 23
 (2) Vida pública y privada de los griegos. Guiraud. Pág. 27
 (3) Historia de la civilización antigua. Seignobos. Pág. 133
 (4) Historia de la civilización antigua. Seignobos Pág. 204
 (5) Guiraud Pág. 32.
 (6) Guiraud Pág. 51.
 (7) Guiraud Pág. 60.
 (8) Guiraud Págs. 45 y 46.
 (9) Los orígenes de la civilización. Lubbock. Pág. 117
 (10) Historia de los griegos. Duruy. Tomo I. Pág. 84

(11) Seignobos. Pág. 207.
 (12) La Educación. Bunge. Pág. 117
 (13) Cuando murió en 1749 Mme. de Tencin, abrieron sus salones, María Geoffrin, Julia D'Espinasse y la marquesa Du Deffrand, a cuyas tertulias asistieron enviados de Catalina II de Rusia, de Federico el Grande y de la Corte de Viena.

(14) La Educación. Bunge 118.
 (15) Escritores representativos de América. Andrés González Blanco. 196.
 (16) El feminismo en las sociedades modernas. Edmundo González Blanco. Tomo I. Pág. 153.
 (17) La Educación. 119.